



Almas Medrosas.

A JESUS T. ACEVEDO.

Había tenido miedo; el bosque lóbrego, presa de ruda estupefacción, callaba. Deslumbrada y torpe mariposa que se golpea contra estirada tela de cielo raso, mi corazón golpeábase en mi pecho.

Quise huir de horror; sentía que algo de uñas retorcidas y orejas puntiagudas y enormes, á pasos de seda seguía mi camino.

Un buho pasó rayando las tinieblas con sus ojos flavescentes como flores amarillas. Apreté mis párpados, y entonces creí ver gatos enfurruñados y cerdos casquimuleños; me oprimí ^{los} oídos, y oír creí fúnebres ululatos quejicosos y sentir sobre mi cabeza mojados belfos de caballos disformes cuyos resuellos movían y erizaban mi melena.

Cuando descendí, la llanura solitaria fingía por manchas de sombra y claros de

+ casas pequeñas y altas como las mulas

luna triste, anegadizo terreno cubierto de agua. Turbó quietudes de copas fuerte ráfaga, y las ramazones hablaron terribles cosas en la selva removida por terrores y remordimientos seculares.

Corrí. En el lago, luengas hojas fingían espadas; los tules, crines de caballos hundidos; las sombras de abedules, rotos pabellones fúnebres, y las hojillas secas de sauces mustios, muertos pecesillos á flor de agua.

Zábilas erectos parecían buitres azabachados abiertos de alas, y zacatones silbantes corrían como persiguiéndose. Un guijo era crustáceo, y un matojo bruja en cuclillas.

Cuando ví, como esqueletos alumbrados interiormente, las chozas de mal unidas costeras que rodean el rancho, cesó mi temblor imbécil, como el del árbol súbitamente soltado tras fuertes sacudidas. Todavía en la puerta una zalea sin cortinumbre, clavada en el muro, parecía inmóvil vampiro esperándome.

Llegué, y ocultando azainadamente mis pavores de chiquillo, entré al comedor. Cené poco, sentía un aturdimiento horrible, y bien pronto me aburrió la conversación de canícula, escarda, sembraciones, azoleo y ¡quién sabe cuántas cosas referentes á labranza!

Se habló de corazonadas y espantos, y me sacudí como ave bajo el gotear de lluvia repentina. En otra forma repetiré lo que allí se habló.

—Allí, en la cañada, dijo el dueño del rancho dirigiéndose al mayordomo, en los cenizos helechales canta el hombrecillo. Empieza á embarbecer, hobachón,^{sonido} carilucio y cuando más de un metro de altura. El galón de su sombrero brilla como las cerillas húmedas; su chaqueta de piel, con alamares de plata, es de recental, y el pantalón ajustado tiene una botonadura de huesos muy blancos. A la cintura lleva una banda de color de lumbre, y cuando á lomos de su pollino espeluzciado pasea por la barranca, se oye un ruido semejante al que hace la leche en los botes á las horas de ordeñar. En las noches diáfanas juega con dinero en los retazos limpios de la selva. ¿Qué males causa? ¡Vamos! Si llega, estando el cielo chubascoso, á corrales de cabras que abonan baldíos, silba y le siguen todas como al declive las aguas, los perros enmudecen y los pastores se tullen. En los novilunios de Agosto arriba, cuando algunos entecos arbúsculos se llenan de brotes como ampulas de cera tierna, esperando familias de venados que gustan de flores de cantueso, pimpollos de madroño y dulces brotes; los cazadores han visto huir al pollino cuyas costillas no impedían ver más lejos, con su cencerro al cuello guiado por el hombrecillo que sonaba su carraca.

¡No hace daño siempre! Aquí en las trojes, con cerdas en torzales, colgó de las narices crucificadas lechuzas, y también ¡hace mucho! amaneció una ternera

con jáquima, freno, retranca, collares y todos los arneses de una mula.

—¿Ustedes han oído rodar en el techo quejumbroso puñados de arvejonos y calabazas estriadas, que al otro día muestran en la tierra la pulpa de su carne y las lombrices de sus hebras? El prende luminarias de seroja en barbechos desnudos, en afelpadas besanas corre alegremente mientras paca su cabalgadura, ó se tumba y canturrea; él, para que no mueran destripados, quita pedruscos de las trampas de los topos; él, quién corretea á los coyotes que huyen grifos y despavoridos por los carriles solitarios.

Recibía yo la relación con risotadas; pero imposible sobreponerme á tantas necedades. Imaginábame al charrillo siniestro burlándose de los coreovos del rucio; atisbando entre guías de colorines cimarrones galopes de huroncillos perseguidos por un zorro gris, ó construyendo casitas en el arenoso cantizal! ¡Y la noche, llena de paz solemne, acogedora de todo eco!

—¡Vaya, dije abandonando el asiento; de seguro sueño al duende! ¡Buenas noches!

Y al encaminarme á mi pieza, llevaba un miedo grande como la selva misma! ¡Perros y cornetas con las fábulas!

—Leeremos un poco, gritó mi primo siguiéndome.

—¡Bueno! dije distraído. Y mientras él buscaba un tomo, permanecí recostado en mi lecho de campaña, donde hallé un

muñeco de porcelana, dejado quizás por los chicos del Administrador y me puse á hacerlo voltigear, tomando las puntas del cordón que pasaba por su cuello.

—Mira, dije á Luis, esto deberían hacer con el charro del barranco. De pronto, dí un grito espantoso, tartamudeando, y de terror se llenaron de lágrimas mis ojos. Me había enseñado el muñeco la lengua rojiza y larga como un pétalo purpúreo de clavel!...



Almas Decrépitas.

A FRANCISCO PRADO Y TAPIA.

El crudo invierno aquel con sus nevascas veló crestones de montañas, y el volcán con enorme solideo de nieve se me antojaba un viejo que secaba su canicie al calor de nubes rojas como carbones encendidos.

En medio de una loma inflada como vientre cinchado por innúmeras veredas y en la cual se suavizan escarpas de montes vecinos, está la complaciente hacienda que me acoge anualmente con su aire sombrío, indicándome con su seriedad, agradable disgusto por mi cara de fantaseador, que aun refleja deseos de dar nombres grotescos, raquítica vida y expresión risible á todo cuanto la rodea. Y apenas si hay motivo para ello!

La tal hacienda es un edificio ruinoso, sin portalada, de muros mal pintarrajeados á brochón, en cuyo frente pardo se

abren como pupilas legañosas dos ventanas desportilladas y un portón hecho trizas; todo cubierto con ceniza techumbre salpicada de jaramagos, me da idea de mendigo envuelto en abrigo remendado y saliéndole cabellos cerriles por las ventillas del chambergo ladeado.

El interior es un poquillo más pintoresco. Se miran desde la escalera quejumbrosa por senecta, hacinas de zacate, el pozo de brocal derruido donde las palomas se platican, un solado de ladrillos que forma la era, dos graneros y hediendo lamédal que sirve de colchón á los perros lambrijas tumbados al desgaire.

Animan el corral, mugir de vacas de ojos enigmáticos; traqueteo de carros, desuncir de bueyes sitibundos, revolotear de gallos y patos y las mismas golondrinas con su agridulce chirilar, como si reschinasen agrios dientes que no tienen ó masticasen hule, suponiendo que tuvieran.

Por doquiera, montes chaparretes tupidos á trechos, á trechos tiñosos y hacia el sur lomeríos y trigales dorados que relampaguean si ráfagas silbosas los rizan; allá, verdes magueyales como haces glaucos de banderas verdes recogidas, y lejos, muy lejos, el sinuoso arroyuelo brillando igual que una tira quebrada de vidrio.

¡Vaya si he pasado días felices! Cacerías al Xuxtepetl, hollando embutidos y blondas de hielo; rústicos almuerzos á orillas de la puente que monta abismos pavorosos, enjutando trago á trago la bota

de agua fresca; veladas en cualquiera choza humilde rasgueando la guitarra tan rota y agujereada, que se duda si apuñalearon su caja, ó indiferentemente contemplando la inocencia de los niños que en curiosas posturas se van quedando dormidos al amor de la chisposa lumbre avivada por brisas que se cuegan por resquicios de puertas. ¡Que si he pasado días felices!

Y si á esto se agrega el cariño de Don Nachito el Administrador y el que profeso á Julián, hijo de un labriego, se comprenderán mis alegrones cuando las panojas resecas cuelgan, árboles y prados amarillean y los nevados peñascos del cerro parecen garzas inmóviles.

Es Don Nachito bajo de cuerpo, de pupilas brillantes, fruncido entrecejo—aprieta en cada surco un pensamiento—cabello gris, algo instruido y capaz de soltarle un sofión á nuestro Padre Jesús de Villahelada.

¡Quién habla de su carácter!

Jinete amañado en potro zaíno, da gusto verle correr tras la res indómita mientras el aire silba escurriéndose por los remos de la bestia detenida en brusca sofrenada. Solamente cuando caballos y vacas no muestran pelajes lustrosos de puro limpios ó cuando el travieso Julián lapida golondrinas errantes ¡válgame la Virgen Santa! ¡qué cosas dice por esa boca delgada y lívida!... Y quien más le irrita es Julián con su tarea destructora. Ten-

drá diez años el apicarado chiquillo, feúcho, de ojazos chisperos y cabello rubio. Indumentaria. . . . por único vestido rabona camisa llena de raeduras que deja orear su estómago brillante como una odre untada de mucílago. Sus travesuras le han hecho famoso.

Y ¡qué travesuras!

Ayer fumaba yo sentado en la era, y al ver á Don Nachito cabiztuerto y distraído, le pregunté:

—¿Por qué tan triste, está enfermo?

—Ya me cargó el asunto—dijo ambiguamente.

—¿Cuál?—volví á preguntar con cierta curiosidad.

—Verá. Le voy á contar esto para que se forme cabal concepto mío.

—¡Si será Ud. salteador!—exclamé sonriendo.

—Cállese y oiga: En Noviembre—ya lo ha visto—vienen cuadrillas de trabajadores de ambos sexos. Bueno, pues con ellos vino María Antonia. Quizás comprendió que me gustaba, porque con cualquier pretexto reía conmigo; le acariciaba las mejillas, y á reír otra vez. ¡Para qué fastidiarlo! María Antonia tuvo un hijo mío que no ví nacer, y hasta entonces ¡hasta entonces! comprendí las burlas que caerían sobre mí; el enojo de los dueños que huérfano me acrianzaron, y tantas cosas, que aturdido y confuso fuí á decir á María Antonia: Mira, no soy malo; pero quieren

corrermé los patrones que ya supieron esto y quitarte a mi hijo luego que nazca. ¿Comprendes? Quitarnos á nuestro hijo. Te buscaré. . . . véte hoy mismo y. . . . no vuelvas, ¿oyes?

Y salí del cuartucho ahumado sin ver su rostro, ni sus lágrimas que brotaron y no cayeron de sus ojos. ¡Ah, cómo he pagado esta infamia!

Yo la ví tomar el camino que se borra- ba y me parecían los árboles y los postes colosales crucifijos. Quise ir á detenerla, no pude, la cubrió un recodo del camino; subí al techo, y cuando la perdí para siempre, lloré amargamente porque se llevaba al único ser que podría quererme!

Detúvose un momento y prosiguió: ¡Si supiera mis dolores de aquella noche! Cansado de pensar, me dormí; soñé que mis padres—á quienes casi no recuerdo— me conducían silenciosamente á un llano larguísimo; allí nos sentamos, me dormí, y al despertar no estaban ellos. ¡Qué horrible! Abandonado, mi corazón les amaba. Empecé á gritar, y al tender mi vista en aquel arenoso desierto, ví á mis padres que arrepentidos volvían corriendo hacia mí. Acortábase la distancia, los distinguía con claridad; entonces el llano se fué inclinando hasta ser una ladera resbaladiza. ¡Qué angustia! Se aferraban á los débiles matojos, hundían sus báculos en la tierra durísima. y de

veras desperté cuando sentía impulsos de rodarme por la escarpa.

Me arrepentí—prosiguió—me arrepentí, y al amanecer, sin que nadie me hubiera oído, emprendí el camino al pueblo cercano. ¡Qué miedo tuve al oír los ecos de mis pasos rebotar en paredes y callejuelas poco á poco, debilitándose como el sonido de una cuerda elástica constantemente vibrando y restirada más y más. En todas las posadas pregunté por ella. Nadie la había visto. Me dijo alguien: abandonó el pueblo hace poco; fuí al otro pueblo—aquél, mire, allá—no supieron darme razón. Diez años, diez años y ni un día he olvidado mi crueldad. ¿Vivirá mi hijo? ¿Moriría ella? ¡Dios sabe!

Siguió lamentándose; de pronto ¡pum! el ruido del guijarro que lanzó Julián contra un nido de golondrinas. Oírlo Don Nachito, entrar y dar una soba de pezcónes al muchacho, fué instantáneo. Quise ir á defenderle. La explicación de Isidoro, campesino á quien yo creía padre del pilluelo, me detuvo.

—Péguele patrón, péguele á ese maldito; al fin no es hijo mío. Mi prima María Antonia, que aquí estuvo hace muchos años, al morir le dejó á mi lado. ¡Quién sabe que padre sinvergüenza le daría vida á ese arrastrado!

—¡María Antonia, María Antonia! ¡Hijo mío!—gritó azogadamente Don Nachito.

Y como demente se puso á juntar guija-

ros que había cerca y poniéndolos á los pies del rapaz que aún sollozaba, le dijo primero fieramente y luego suave, muy suave:

—Toma, tírales á todas, á todas las golondrinas!



BIBLIOTECA ALFONSO SINA



Almas Enfermas.

A PACO OLAGUIBEL.

Enyugados bueyes marchan lentamente por carriles arenosos y pésimos guijarales; mulas y vacas encobradas detrás de las yuntas á la dehesa caminan, y en el corral quedan solo verracos gruñones y un encrestado muleto huérfano; en trojes y techumbres galantes palomas epicúreas y en oscuras pesebreras, juntando estiércol y pajuz con pala, escobón y carretilla, ó arrollando lazos que sirvieron para embozalar novillos y toretes, el bisojo de Andrés.

Parece que sobre piedras y escarchado césped, miles de arañas tendieron sus hilos; la neblina corre allá muy lejos como soplada por fiero ventarrón, y en árboles y aleros derrochan gorriones parlanchines los trinos de su gorja. Rústicamente adornado el corredorzuelo; macetas con espuela de caballero, borraja para la tos,

*muleto para hacer
x resacas*

yerbabuena, calabazas y ancho jaulón que hospeda mirlos y primavera. En polvoso rincón encellas, rejas de arado, hectólitos de madera llenos de tamo, y en las vigas cimborrios diminutos de golondrinas. Un burro entrepelado y canijo asusta á las gallinas soplando su ronco saxofón, y el cerdo quiebra maíz con tal dureza que finge comer pedrizco.

En la campiña color de cinabrio alegremente corretean remolinos de polvo que se buscan, se abrazan y forman uno solo gigantesco, semejjando gruesa columna de humo que arroja colosal y enterrada chimenea; las yuntas partiendo surcos pausadamente cabecean y resoplan, sin fijarse en tordos negros y de gorjales amarillos que sobre sus lomos viajan ó se dejan caer á disputarse reventadas semillas de nabo exhumadas por las rejas limosas que de tarde en tarde limpian los gañanes con pellejinas de carnero. De juguete parecen carros y trabajadores; disminuyen á distancia como vistos por el ocular de unos gemelos. Campo y cielo barridos por ráfagas. Un quebrantahuesos pasa disparado como pinta birlocha sin hilo, que atentamente siguen los boyeros calculando en que lugar caerá; piérdese al fin, y ellos continúan haciendo girar su barrote de encino, ó dándose duros remoquetes. El mugir de la vaca rumiona y el roznido del muleto cerril, no cesan.

Amontona estiércol el bisojo Andrés;

compónese la camisa que aprisiona escábridos camaleones que le sacarán el aire metido en los pulmones y que ¡cachimba si no le molesta mucho amaneciendo! ¡Y los malditos respigones de los dedos por la chivata boñiga fresquecita! ¡Todo por no ver!

A las once, hora del revezo de yuntas. Guinchos clavados en las milpas simulan para-rayos. En las ramas de los pinos ponen las arañas cristalinos andamios; veloces golondrinas siguen las indecisas rodadas de caminos; titubean como recordando una fecha, y de pronto vuelven como á dar un encargo á las compañeras que construyen los niditos.

El empachado hijo de Andrés—Pascual—dedicado á empandar becerros montándoles á toda hora, llega buscando á su padre con un biello ruginoso, para decirle que junto á la cerca quiere salir un topo. Y va el viejo que apenas ve y encuentra que ya tapó la madriguera.

Todo el campo muestra idénticas señales. Una piedra grande, sustentando otra pequeña, indica que allí, aun cuando esté abierto el hoyo, el animal fué pinchado. De lejos fingen las señales polvorosos muchachos con las piernas dentro de la tierra y enseñando únicamente cabeza y panza.

Por la vereda que desciende de la brusca loma, bajan Silvestre y Margarita de su rancho formado con riplias de hoyamel. Ella, denegrada, con arrugas en el rostro

como si por él hubiera pasado un rallo, zancajenta y sucia, pero de corazón de hostia; él, chaparrete, viejo y uñoso como un mago, pero tranquilo y dulce como bailar de ovejas. ¡Oh, Dios, qué corazones más blandos y fuertemente unidos como ramas que forman una horqueta! Van al pueblo.

peñón Por aquel sendero de sauces, antaño aparecía sobre uñerado caballo Don Gabino Garduño, cuya memoria entre los habitantes de Villahelada vive cariñosamente oculta; por allá, con zapatones de gamuza, chaqueta de lona, peinado de espinazo y quitasol blanquísimo como enorme flor de chicalote, Don Eulogio Suárez—Chicago comole llamaba el señor mi padre por no sé que chascarrillo—arqueólogo, asastre y tan formidable tragón que al verle corren á esconderse las gallinas. Es el cofre viviente y perfumado de lo que fué. Y por allá, por el carril que huye y brinca entre sauces, el ladronzuelo Jefe Político—afortunadamente muerto ya—que convirtió mi pebluco en solitaria encrucijada é hizo de cada habitante un viajador.

El remolino aquel de polvo es..... ¡ah! el coche de Don José Nieto con su Eufrosina de catorce años!.....

El calor hace aflojar; húndense los novillos en repletas zanjias de berraza, gustan de embreñarse los corderos y cabras; entre yerbas que detiene la encañizada juegan boyeros, y grandes tordos que

custodian un charco, se bañan y envuélvense al chapuzón en velos de luz. A la resolana duermen los perros tumbados como borrachos.

Al borde musgoso de la era, Andrés se sienta á reposar la comida con su sombrero alón y gacho, pantaloneras de cuero, amodorrado y picado por verdes moscas que inútilmente tratan de despertarle. ¡Qué somnolencia! ¡Ni viento ni rumores! Con la fiambreira de peltre vacía y una ristra de cebollas frescas vuelve, paso á paso, la indígena Dionisia que llevó de comer á D. Pachito, dueño del rancho. Lentamente y como queriendo dibujar contornos de cosas, el sol va derribando árboles, trojes y montañas sobre el suelo.

El campo va poblándose. Del enriscado cerro bajan rebaños albeantes; por las escarpas que al llano dan, vacadas panzudas; por las veredas, que fingen rastros de árboles que por allí resbalaron, yuntas y gañanes, y por caminos roqueros desvenecijados carretones que ásperamente traquetean.

Andrés ha llenado las piletas de agua lírpida con su tantico de alumbre para quitar á los animales la picazón y el resquemio, producidos por yerbas silvestres. Llegan resongando toros de cabeza rufa, vacas de roseas ubres como gigantescas manos hinchadas, mulas de grandes quijales y rocines flacuchos. Suenan guinchos, cadenas, yugos y en la puerta sono-

ramente da toques de alarma el huérfano muleto. Con suavidad de sueño cae la tarde. Flagrantes astros, en Oriente parecen azaleas de oro, y otros que apuntan, van como mariposas de luz empujadas por vientos rábidos; quájase la esquila del pueblo; en las chozas empieza el tejer y destejer de rondallas utópicas; en el aire vuela de huída un cántico y el miedo anda de puntillas en la penumbra. A las ocho duerme todo. Riñen visiones y perros en las sombras.

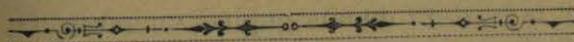
Andrés, junto á sangrientas lumbraradas, tuesta puñados de habas amarillas ó canturrea el muy lurio, mientras preparan la cena. En el rancho del patrón, asa Dionisia lonchas de carne, pone á hervir té-limón, en tanto que gatos levantiscos y escaldados, paso á paso, marchan como queriendo atrapar de un salto á la luna que tras el tejado finge mañosamente atisbar.

Duerme todo. ¡Ah, no! Andrés no duerme. ¡Odios muy grandes siente escarabajar dentro de su corazón, escurriduras calientes por el rostro, la boca espumajosa, reseco el gañote y algo que muere de sus riñones obligándole á encogerse mientras simula dormir! ¡Que ya comienzan—dicen—á emborricarse, porque no saben de los hinchados escuerzos que saltan en su alma! ¡Erronía, mala voluntad, eso es todo! ¡Si supieran! Le duele fuertemente el pechazo como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón. El ca-

nalla lunanco de Isidoro le contó que uno de sus hijos no era suyo. ¡Canalla y muy canalla! Un mes para convencerte; si nada sabes, mátame! Y parece que broncíneos estoperoles sujetan esas palabras á su frente. ¡Así le dijo! ¡Hoy el último día!... ¡Ah! cochino de Isidoro, tú espaldado y yo estreñado..... pero te mataré!

Quería escupir y tragábase la saliva como sucia ligamaza. Es mentira! si nada le ha visto á Juana; hoy salió á enjebear trapos en su batea. Nada le ha visto. ¡Aguárdate! hoy quejóse de la enfermedad que tuvo hace dos años; la misma edad del chico; pero... Truena la estera y él continúa inmóvil, roncando. Sale Juana; le ha tocado la falda de bombasí que llevó al pueblo. Los tizones duermen cobijados en cenizas. Suda, se ensordece; pero no... estará enferma... ya entrará. Limonado tiene el rostro como quien pasó la noche toda en lóbrega espelunca. Sale también. Nada! Apenas silban vientos lánguidos en los manchones que principian á herbecer. Todo negro; déjase caer de pronto y arrástrase como limaza. Silvestres clavelones exhalan hediondez. Hablan, sí, hablan. El cómplice viento trae palabras. Mano y arma están soldadas por la cólera. Y sabe... que no es suyo el chico... que el chico es de Isidoro. Y brinca hecho un tigre, y... súbitamente gran desánimo afloja sus dedos; está muy viejo; no ve ya; Nuestro Padre

Jesús de Villahelada sabrá castigar; y vuelve á rastras, déjase caer sintiendo en las mejillas escurriduras calientes y en el pechazo un dolor como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón!....



Epístola Simbólica.

AL DOCTOR URRUTIA.

La extraña desazón que á veces me domina, con cierta vaguedad amarga pone en mis labios las palabras de almíbar de aquel salmo: «¡Quién me diese alas como de paloma! ¡Volaría yo y descansaría!» Y más que los abanicos de plumas de las palomas, querría las adormideras de un gran sueño!

Ayer, en el crepúsculo de oro semejante á un relámpago detenido en el cielo milagrosamente, invadióme por tu culpa la fatiga más intensa. Inconscientemente contemplaba la quietud de los cenizos eucaliptos, y tú deteniendo el carruaje barnizado me viste con despectiva compasión. Tejiste doblegada las sedeñas cintas de tus botinas de charol, y el velillo blanco de tu sombrero airoso antojábaseme tu aliento que se concretaba al respirar. Me insultabas casi por mi vestido demócrata